



MUSEO DE HISTORIA
NATURAL DE VALPARAÍSO

ANALES

del Museo de Historia Natural
de Valparaíso

IDENTIDAD URBANA Y MUSEO. LA REFUNDACIÓN DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE VALPARAÍSO DESPUÉS DEL TERREMOTO DE 1906

URBAN IDENTITY AND THE MUSEUM. THE REFOUNDATION OF THE NATURAL HISTORY MUSEUM OF VALPARAISO AFTER THE EARTHQUAKE OF 1906

Javiera Carmona Jiménez*, Catalina Muñoz Cabezas** & Valentina Ávalos Bustamante***

RESUMEN: En el presente artículo se estudia el restablecimiento del Museo de Historia Natural de Valparaíso en el marco de la reconstrucción de la próspera ciudad destruida por el terremoto de 1906. La necesidad de levantar nuevamente la metrópoli después de la catástrofe le permitió al Estado, autoridades y grupos de poder local ejecutar un nuevo proyecto de diseño urbano higienista y moralizador en el que el MHNV quedó postergado ante la reposición de otras instituciones culturales. Asimismo, la actividad científica es asumida por nuevos agentes que desplazan al museo en la tarea de construcción de conocimiento, aspectos que configuran en la primera década del siglo XX en Chile un escenario de crisis de identidad para los museos de historia natural entre su orientación a la educación y la investigación. Las consideraciones sobre ciencias y educación que permiten definir el contexto del MHNV en las primeras décadas del siglo XX requieren incorporar variables de sociabilidad, así como los aspectos relacionados con el orden social y el proyecto de ciudad implicados en el “sistema museal” en el que se sitúa el MHNV y otras experiencias de museos locales.

PALABRAS CLAVE: Museo de Historia Natural de Valparaíso, terremoto, educación, biblioteca

ABSTRACT: In this article the restoration of the Natural History Museum of Valparaíso is examined in the period of reconstruction of this prosperous city which was destroyed by the earthquake of 1906. The necessity of rebuilding the metropolis after the catastrophe allowed the state, authorities and local power holders to carry out a new project of social hygiene and moralizing urban design, which left the Natural History Museum of Valparaíso behind before the reinstatement of other cultural institutions. Likewise, scientific activity was taken over by new agents which replaced the museum in the act of building knowledge. All of these aspects created an identity crisis scenario for the natural history museums in their role of guiding education and research in the first decade of the 20th century in Chile. The considerations about sciences and education that define the context of the Natural History Museum of Valparaíso in the first decades of the 20th century require the additional consideration of sociability variables, as well as the aspects related with social order and the city project involved in the “museum system” in which the Natural History Museum of Valparaíso and other local museum experiences are placed.

KEY WORDS: Natural History Museum of Valparaíso, earthquake, education, library

* Periodista, Doctora en Historia Mención Etnohistoria, Universidad de Playa Ancha, javiera.carmona@upla.cl

** Tesista de la carrera Periodismo, Universidad de Playa Ancha, catalinasofia93@gmail.com

*** Tesista de la carrera Pedagogía en Historia, Universidad de Playa Ancha, valentinavalosb@gmail.com

Recibido: 4 de septiembre 2018 - Aceptado: 22 de octubre 2018

INTRODUCCIÓN

El Museo de Historia Natural de Valparaíso (MHNV) es el segundo más antiguo de Chile y fue fundado en 1878 por Eduardo de la Barra, polígrafo rector del Liceo de Hombres del puerto, poco después de la instalación del Museo Nacional de Historia Natural (MNHN) en la Quinta Normal de Santiago en 1876. Sin embargo, pese a su antigüedad apenas ha sido visto como objeto de estudio a diferencia del renovado interés científico que concita el museo estatal capitalino en la comprensión de sus prácticas de valoración y adquisición de objetos y su inserción en las redes internacionales de intercambio de piezas museables de las que participó en el marco de la definición de Chile como nación (Schell, 2001 y 2013; Gómez, 2012; Urizar, 2012; Sanhueza, 2013, 2016 y 2017; Gänger, 2014; Gil, 2016). En efecto, son escasos los estudios sobre el MHNV en términos historiográficos y socio-culturales que problematicen su papel como institución pública, científica, educativa, recreativa o disciplinadora, tanto para imponer significados como para crear hábitos “ciudadanos” en un contexto local, como se ha visto para otros museos estatales de Latinoamérica, Europa y Estados Unidos. Tampoco se han examinado las relaciones que estableció con otras instituciones dentro y fuera del país, así como las prácticas de recolección, exhibición y políticas discursivas desplegadas en su espacio de representación durante su dilatada vida institucional.

Sobre la trayectoria del MHNV se cuenta con un conjunto de crónicas breves en las que se describe de modo sucinto el desarrollo del museo a partir de la gestión de sus directores y directora, destacando la continuidad del proyecto institucional orientado fundamentalmente a la comprensión del medio ambiente local (Anales, 1973; Pérez, 2008 y 2013; Henríquez et al., 2016). El resto de las publicaciones sobre el MHNV corresponden a semblanzas de Carlos Porter (condujo el museo entre 1897 y 1910) y John Jüger (1911 a 1967), los directores considerados emblemáticos. Estos artículos aportan con datos biobibliográficos (Feliú, 1969) y anécdotas sobre las figuras visionarias ya desaparecidas, realzando su compromiso en la gestión y tenacidad inagotable

de los personajes por mantener la actividad del museo ante las carencias financieras (Loo-ser, 1957; Tobar, 1967; Scarpa, 1968; Ovalle, 1968; Fajardo, 1969; Bahamonde, 1983; Etcheverry, 1988). En la caracterización del devenir y transformaciones de las revistas científicas chilenas aparecen alusiones oblicuas al MHNV por su política de publicaciones y canje, realzando su papel en la creación de la *Revista Chilena de Historia Natural* (1897), antecesora de los *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* (Las publicaciones del MHNV, 2008; Broitman, 2018).

Mención aparte requiere el artículo de Patient Schell en el que repasa la etapa fundacional del MHNV en el siglo XIX, referida a la orientación institucional, formación de sus colecciones, y relaciones que entabla con la comunidad científica internacional y la sociedad porteña, bajo las direcciones de Edwyn C. Reed (1878-1879), Federico Puga Borne (1879-1884) y Carlos Porter (Schell, 2005). En el auge que cobra el MHNV en las últimas décadas del siglo XIX se observa el peso de las voluntades personales de los directores en la identificación plena de la institución consigo mismo, apego bajo el que conformaron una robusta colección y nutrida biblioteca científica, destinadas tanto a la formación de las nuevas generaciones de investigadores así como de aficionados a la historia natural. Esta fase cúspide del MHNV es la mejor conocida, y permite reconocer un museo inclinado hacia la pedagogía, la difusión científica e investigación como resultado de la identidad que imprime el director y que se plasma en las políticas de recolección y publicaciones, así como en los criterios de exhibición (Schell, 2005). La “era dorada” del MHNV finaliza abruptamente con el terremoto e incendio del 16 de agosto de 1906 que lo destruyó por completo.

Las síntesis sobre el itinerario del MHNV a través del desempeño de sus directores revelan una trayectoria que lejos de ser un firme recorrido hacia el progreso de la institución y la ciencia nacional y local, exhibe más bien la tensión constante por lograr la consolidación de la institución en escenarios de precariedad y déficit. En esta perspectiva, la condición local del MHNV, emplazado fuera de la capital, subraya los factores relacionados con las es-

estructuras sociales y dinámicas de los contextos que determinaron sus tareas, énfasis y relaciones. Los intereses nacionales que condujeron la actuación del MNHN se yuxtaponen (y en ocasiones se enfrentan) a las valoraciones locales y las variables que particularizan las experiencias periféricas como la de Valparaíso en contraste con la de Santiago, en el entendido de la proyección desde Europa y EE.UU. hacia Latinoamérica, entre los siglos XIX e inicios del XX, de un modelo de museo de historia natural (considerando también la estructura, funcionamiento y conflictos similares) que permite en términos generales compararlos con el resto de los museos que participaban de las redes de referencias e intercambios (Podgorny, 2005). Justo en el momento caracterizado como la “era de los museos” (Sheets-Pyenson, 1989; Bennett, 1995), el MHNV y la ciudad de Valparaíso viven -como el “canto del cisne”- el esplendor previo a la catástrofe de 1906. Al avanzar las primeras décadas del siglo XX los museos de historia natural comienzan a perder visibilidad a nivel mundial ante otras instituciones científicas y académicas (bibliotecas, universidades), y sufren el impacto (como zoológicos y jardines botánicos) de las nuevas prácticas de consumo cultural de las clases medias en el marco del surgimiento de la entretención de la cultura de masas o industrias culturales como el cine, radio, etc. (Jones, 1997). Este contexto de declive y posterior cuestionamiento de los museos -junto con otras variables a despejar en este artículo- conspiró en cierta medida contra el proyecto de refundación del MHNV en los primeros años de la reconstrucción de Valparaíso post terremoto.

Sin inmueble propio durante buena parte del siglo XX, el MHNV itineró entre Santiago y Valparaíso, entre distintas casas y edificaciones del puerto y del balneario vecino de Viña del Mar, pese a la norma que estableció desde 1897 su pertenencia al Ministerio de Instrucción Pública, separándose definitivamente del Liceo de Hombres de Valparaíso. Después del colapso provocado por el terremoto (y el mega incendio que le siguió), lo poco que se salvó del MHNV permaneció reducido a un conjunto de cajas en una sala del Liceo Miguel Luis Amunátegui en el centro de Santiago hasta 1912, año en que volvió al puerto, a una casona en el cerro de Playa Ancha.

Allí permaneció de manera provisoria hasta 1952, cuando el inmueble fue comprado por la Marina de Chile para ubicar su Servicio Hidrográfico. El MHNV estuvo a punto de desaparecer en la década de 1950 cuando se evaluó su fusión con algunas de las mansiones de Viña del Mar devenidas en museos. Desde 1952 hasta 1967 el MHNV continuó con sus actividades en Playa Ancha, en un nuevo inmueble arrendado, ubicado al costado del Departamento de Ciencias de la Universidad de Chile en Valparaíso. En la década de 1970 el museo migró a un edificio en el centro de Viña del Mar y al cabo de unos años regresó al puerto hasta que en 1988 quedó emplazado de manera definitiva en el Palacio Lyon, en el centro de Valparaíso. Esta condición nómada del MHNV, que de ser una condición provisoria se volvió permanente, ocasionó que muchos objetos de las colecciones, catálogos, inventarios y documentos relacionados con las prácticas científicas (diarios de campo, dibujos, fotografías) se perdieran en 80 años de mudanzas, situación que impacta en los esfuerzos por hacer una historia del proceso formativo del MHNV durante el siglo XX, período en el que sus objetos y propósitos se enlazan en la definición de la agenda intelectual (Secord, 2004: 666).

En el presente artículo se estudia los rasgos que diferenciaban al MHNV del gran museo de la capital a fines del siglo XIX, lo que revela la marca de las condiciones que proporcionó su contexto local en la constitución y desarrollo del museo, siempre activo en las redes internacionales. Se observa la posición secundaria del MNHN en Santiago en la definición y desarrollo del proyecto en Valparaíso, relativizando su lugar ejemplar y modélico para los museos de Chile, y el valor de las voluntades individuales en la identidad de estas instituciones. La importancia de Valparaíso como puerto principal del Pacífico Sur, devenido en centro financiero y político de Chile -previo a la apertura del Canal de Panamá en 1914- le proporcionó un carácter espléndido a la ciudad a la que se adscribió el MHNV y un conjunto de instituciones asociadas al progreso local. Asimismo, se examinan las condiciones del restablecimiento del MHNV en el marco de la reconstrucción de Valparaíso destruida por el terremoto de 1906. La necesidad de

levantar nuevamente la urbe después de la catástrofe le permitió al Estado, en concierto con las autoridades y élites locales desplegar un nuevo proyecto de diseño urbano y reorganización social. En este nuevo orden espacial, social y cultural el MHNV fue menospreciado ante la importancia que cobran otras instituciones como la Biblioteca Pública. Finalmente, el MHNV queda emplazado en la periferia de la ciudad; desplazado del centro de Valparaíso hacia el populoso cerro de Playa Ancha -donde permaneció por más de 50 años-, estaba que impuso nuevas claves culturales para el museo vinculadas a su rol social en la ciudad, convirtiéndola en una institución cada vez más distante de la respetable y educada minoría porteña que en el siglo XIX vio en su fundación un proyecto patriótico que enaltecería a la ciudad, beneficiaría a la nación moderna y el progreso de Chile (Schell, 2005).

El contrapunto entre la microhistoria y la micropolítica institucional permiten matizar la idea ampliamente difundida sobre la coherencia y eficacia absoluta del museo en el conjunto de mecanismos y discursos oficiales de representación de la nación en la capital y fuera de ella. Esta proposición apunta hacia la aproximación a los museos de historia natural más allá de su comprensión como instrumento del poder del Estado, del saber científico y sus instituciones, todos aparentemente articulados racional y planificadamente hacia la dominación, y artificialmente hacia el progreso moderno.

MATERIALES Y MÉTODO

La propuesta de aproximación a la refundación del MHNV posterior al terremoto de Valparaíso de 1906 se propone a partir del repaso de los diferentes contextos por los cuales pasó la institución previos al sismo, y los que se conformaron en el marco del planeamiento de la ciudad a reconstruir. Analizados como “sistemas museales” (Pearce, 1989), estos contextos articularon consideraciones de tipo política, ideológica, educacional y científica que impactaron sobre la conformación de colecciones y redes sociales que se tejieron en torno a las instituciones, las piezas y objetos a musealizar. Las ideas urbanas y la concepción de la sociedad porteña por los grupos de

poder local inicios del siglo XX se abordaron a partir de un conjunto de fuentes documentales de la época, que abarcan notas de prensa de *El Mercurio de Valparaíso* y de *La Unión* entre 1906 y 1913, textos sobre los que se realizó análisis de contenido. La correspondencia remitida por Carlos Porter y John Jüger provenientes del archivo histórico del MHNV fueron fuentes primarias significativas para establecer las concepciones de museo que cada uno acuñó en los contextos previo al terremoto y durante la reconstrucción de Valparaíso.

RESULTADOS

1. Contextos y convenciones desde la capital en la “era dorada” del MHNV

El MHNV participó durante el siglo XIX de un entramado de relaciones entre distintos actores e instituciones nacionales e internacionales científicas y museísticas por el que circularon informaciones, publicaciones, objetos, saberes y prácticas relacionadas con el fomento de un orden para las disciplinas científicas, un modelo arquitectónico museístico y una lógica de exhibición (Sheets-Pyenson, 1988). De manera semejante a muchas otras experiencias latinoamericanas del siglo XIX, en las que se incluye al MNHN en Santiago, el caso del MHNV revela la situación ambivalente de los museos estatales de responder al afán universalizante de sujetos y objetos de los museos de historia natural (Podgorny y Lopes, 2013: 16) y ejecutar tal universalización en exhibiciones que sólo podían presentar una parcialidad del mundo en sus espacios de representación (Bennett, 1995).

Para el caso de Chile, se ha considerado que los museos nacionales (ciencias, arte e historia) habrían sido parte del proceso de construcción de una idea de cultura e identidad de carácter nacional, unificadora, uniforme y controladora del territorio, de su población (criolla e indígena), de sus recursos, historia y costumbres, emanadas de una política de Estado que ejecutó estrategias educativas y culturales diseñadas por una élite dirigente que reproduciría la desigualdad social (Lopes y Murillo, 2005; Alegría, Gänger y Polanco, 2009; Urizar, 2012: 216). Sin embargo, la complejidad del tipo de actores y las relacio-

nes que encierran los museos permiten atisbar que al menos el Museo Nacional de Historia Natural en Santiago atravesó durante el siglo XIX distintas etapas en torno a la cuestión de la construcción de la “invención de la nación”, marcadas por las relaciones construidas por sus agentes, las lógicas de la acumulación de objetos y circunstancias coyunturales políticas y económicas. Es así como bajo la dirección del naturalista alemán Rodolfo A. Philippi (1853-1897) la función del MNHN no habría sido la exhibición pública o difusión de la información para las multitudes a civilizar y “chilenizar”, sino también la exposición para su autosatisfacción científica y para una pequeña élite de visitantes formada por sus estudiantes de ciencias de la Universidad de Chile y distinguidos colegas investigadores que excluía de manera rotunda a las mujeres (Schell, 2001: 62, 47). La contribución de Philippi a través del MNHN en la representación de la Nación residió en proporcionar al proyecto nacional elaborado por una facción de la élite, una idealización de Chile dirigida a una audiencia restringida y no masiva.

El estudio de la recopilación de objetos y los modos de exhibición durante el siglo XIX permiten observar que la colección intervenida por Philippi desde 1875 no solo se remitió a especies y piezas minerales que promovieran la riqueza del territorio chileno y su valor comercial, como tradicionalmente se le ha atribuido al naturalista francés Claudio Gay. La colección del MNHN comenzó a abarcar trofeos de guerra, reliquias militares y objetos históricos provenientes del extranjero, piezas etnográficas, arqueológicas y “naturalistas” (elementos zoológicos, botánicos y mineralógicos), de acuerdo a la visión que tuvo el alemán Philippi de lo que debería pertenecer a un museo nacional de Chile. Philippi se alineó al modelo de los museos europeos que construyeron una representación de lo “exótico” en los que también Latinoamérica fue objeto de la exotización aplicada a todo lo no europeo (Schell, 2001: 55). Así Philippi recogió las banderas de los batallones bolivianos y peruanos de la Guerra del Pacífico, un par de momias egipcias, conchas italianas, una jirafa y hiena africanas. Los objetos fueron adquiridos a precios elevados, donados o intercambiados con otros museos, y finalmente encarnaron la

visión sobre Chile que elaboró el científico alemán, y las relaciones del país con la comunidad científica internacional (Schell, 2001: 47-50). Se podría considerar que el dilema de Philippi fue desarrollar la colección del MNHN al estilo de los grandes museos pero con la dificultad de asumir que la representación de lo exótico en Europa correspondía a la representación de lo nacional en Chile.

Por último, en la caracterización de este período del MNHN dirigido por Philippi es preciso señalar la publicación de los *Anales del Museo de Historia Natural* (1891) y la realización de expediciones para el estudio del medio ambiente de Chile, que sin bien tuvieron una intención explícita científica y no política, estuvieron cargados de implicaciones geopolíticas, como demostraron los viajes al Desierto de Atacama en 1854 y 1884. Vale mencionar que incluso las exploraciones de Claudio Gay motivadas por el interés científico que darían cuerpo a la *Historia física y política de Chile*, concitaron el apoyo del gobierno a causa del interés práctico por conocer el territorio y no por el interés por crear un gabinete de historia natural, aspiración más bien marginal (Sanhueza, 2013). Basadas en consideraciones científicas, ambas exploraciones de Atacama terminaron por construir una valoración sobre los territorios anexados y establecer vínculos con las élites provinciales interesadas en negociar con el museo la forma de representación en la capital de sus provincias en sus propios términos (Schell, 2001: 51).

En este propósito fue relevante la participación del Ejército con sus expediciones y campañas que permitieron la recolección de materiales ante la falta de naturalistas capacitados para la tarea. Philippi fue hábil negociador para obtener recursos del Estado y usar sus redes dentro y fuera de Chile para incrementar la colección, no obstante enfrentó obstáculos para lograr el apoyo de la élite minera del norte del país de manera de obtener materiales de la región, situación de constante queja por el naturalista alemán (Schell, 2001). En síntesis, durante la gestión de Philippi el MNHN consolidó desde la segunda mitad del siglo XIX alianzas que no solo constituyeron el contexto de la institución y su director, sino además conformaron la propia práctica científica, ac-

tividad en que la frontera entre lo político y lo científico se vuelve imprecisa y permite reconocer de manera nítida la articulación entre el poder y el saber.

El MNHN de Santiago fue el punto de referencia obligado de la élite porteña para la fundación y desarrollo del MHNV en su fase de esplendor durante el siglo XIX hasta 1906. Fundado por una élite local ligada a la ciencia y la educación, el cometido de crear el museo fue visto como un proyecto patriótico que beneficiaría a la nación moderna y su progreso, y que además traería prestigio y un aire cosmopolita a la ciudad puerto (Schell, 2005). De modo que desde su origen, el MHNV estuvo asociado a la constitución de la identidad urbana de Valparaíso y la representación del progreso como rasgo de la Nación compartido con la capital.

Así, los museos nacionales cumplieron el papel de crear contextos, prácticas y convenciones culturales de importancia en las ciudades capitales como fuera de ellas (Hill, 2005). La adopción del modelo internacional de museo implicaba entonces la incorporación del museo (o su director) a una compleja red de vínculos transfronterizos entre actores diversos, y a un modo de presentar los objetos en la exhibición recogiendo parcialmente las directrices de los grandes museos y fundamentalmente incorporando las prioridades reconocidas por la dirección de la institución de acuerdo a su entorno local.

Este ejercicio de adecuación fue realizado por Carlos Porter durante su gestión en el MHNV, quien al igual que sus antecesores privilegió hasta 1906 el carácter pedagógico del museo para instruir tanto a naturalistas aficionados como a científicos profesionales a través de la formación de una colección representativa del medioambiente regional y en segundo lugar nacional. A las donaciones de encumbrados mecenas locales (Agustín Edwards Ossandón y Francisco Echaurren, entre otros) siguieron las de los estudiantes sensibilizados y capacitados por el propio museo en las prácticas recolectoras. Se sumaron también los recuerdos de viaje de los oficiales de la Armada que recibieron breves capacitaciones previas a las salidas de los buques, de manera que estos

funcionarios finalmente aportaron con especímenes que permitieron los intercambios de piezas entre el MHNV con numerosas instituciones internacionales (Schell, 2005). Fue durante la conducción de Carlos Porter entre 1897 y 1911, quien fue además encargado de cartas y planos de la Marina chilena (Etcheverry, 1989:129), cuando el MHNV mantuvo una estrecha relación de apoyo y cooperación con la Armada. Esta institución desarrolló su actividad científica orientada fundamentalmente a la cartografía, meteorología y oceanografía a través de la Oficina Hidrográfica (OHA) a partir de su creación en 1875. Asimismo, miembros de la Marina, como el médico Federico Delfín, escribieron artículos científicos en la *Revista Chilena de Historia Natural*, órgano de difusión del museo creado por Porter apenas asumió como director del museo.

A fines del siglo XIX la Armada junto con el MHNV, el MNHN de Santiago y un conjunto de sociedades científicas nacionales e internacionales formaron una red de intercambio de información, publicaciones y objetos en torno al estudio de la fauna, flora y geografía de las costas, islas y mares territoriales de Chile. Así pasaron a integrar la dinámica regional latinoamericana en el proceso de mundialización de las ciencias del mar. Estos lazos se consolidaron en las exposiciones internacionales y congresos científicos en el marco del naturalismo de fines del siglo XIX (Lopes, 2000: 232). Vale señalar que entre las instituciones científicas que en 1936 rindieron homenaje a Carlos Porter por los 40 años de la *Revista Chilena de Historia Natural* (RChHN) no sólo estuvieron las sociedades científicas, los museos del país y la Universidad de Chile, sino también la Armada Nacional (Etcheverry, 1987: 106) agente relevante en la construcción del saber oceánico en Chile.

Desde 1892, Carlos Porter perteneció a la activa *Société Scientifique du Chili*, fundada el año 1891 por un conjunto de casi 80 hombres de la intelectualidad chilena interesados en promover la ciencia en el país, en su mayoría franceses asentados en Chile. A través de su revista científica *Actes de la Société Scientifique du Chili* se fomentaron los contactos con investigadores e instituciones científicas europeas y se estimuló el sistema de canjes de pu-

blicaciones. De este modo, los intercambios de revistas motivados por la Sociedad Científica de Chile y la RChHN motivaron la formación de una nutrida biblioteca en el MHN, contribuyeron con la difusión de figuras científicas y de estudios en variadas disciplinas. También difundieron el desarrollo y resultados de las numerosas exploraciones científicas internacionales apoyadas por la Armada, expediciones que recorrieron el ignoto territorio chileno austral e insular, como fue la divulgación en la ciudad de Valparaíso de las expediciones científicas suecas a los mares australes y la Antártica, encabezadas por Otto Nordenskjöld en 1897 y 1904.

A fines del siglo XIX y hasta 1906 proliferaron en Valparaíso las agrupaciones de intelectuales y estudiosos que compartían la preocupación por editar sus propias publicaciones, organizaciones vinculadas además a las colectividades extranjeras. Entre ellas se cuenta la Sociedad Científica y Literaria de Valparaíso de 1856, en la que participaron fundamentalmente británicos y estadounidenses, y la Sociedad Científica de Valparaíso -de efímera actividad pues fue fundada en julio de 1896 y en noviembre cesó sus funciones- la que agrupó a casi un centenar de connotados hombres de la ciudad puerto, como políticos, científicos y artistas, entre ellos Carlos Porter previo a su ingreso en el MHN (Valenzuela, 1968: 36).

Valparaíso convertida en el centro financiero más importante del país desde mediados del siglo XIX rivalizaba con Santiago, capital que concentraba la actividad intelectual y cultural de Chile. Las élites porteñas consideraron a las sociedades científicas y al MHN como símbolos del progreso de Valparaíso, representantes de la civilización, instituciones fundamentales para afianzar la grandeza, dignidad y prestigio de la ciudad. Carlos Porter, miembro de esta cúpula y diestro en las relaciones públicas locales se encargó de aumentar la colección del MHN y a la vez construir vínculos duraderos con los grandes museos de la región latinoamericana como el de Guayaquil, Montevideo y Costa Rica, y con las respectivas élites que los amparaban (Lopes, 2000: 230).

Asimismo, Carlos Porter también consolidó lazos con el poder central político y científico de Santiago, es decir tuvo acceso a los grupos de poder capitalinos que controlaban el Estado después de la Guerra Civil de 1891, y perteneció a las redes intelectuales que se articulaban entre la Universidad de Chile y el MHN. Fue apenas asumió Porter cuando el MHN fue separado del Liceo de Hombres de Valparaíso y quedó formalmente bajo la tuición del Ministerio de Instrucción Pública, conducido por el médico Federico Puga Borne (1897) quien había precedido a Porter como curador del museo entre 1879 y 1884. Las relaciones cruzadas finalmente favorecieron que el Estado chileno asumiera los gastos del museo, rebajando el aporte de las sociedades científicas que rivalizaban entre sí, y la élite local que incentivó su creación. En esta lógica, Carlos Porter obtuvo el apoyo del Congreso y logró que se duplicara la subvención a la RChHN en el presupuesto del museo del año 1901 para lograr "aumentar el número de páginas i publicar con láminas o figuras intercaladas los trabajos que convenga sean ilustrados" (Porter en Etcheverry, 1987: 105).

En la red de instituciones científicas de la que participó el MHN, uno de sus socios estratégicos fue la Armada, en particular la Oficina Hidrográfica (OHA), relación estrecha que Carlos Porter cuidó en tanto compartían el interés mutuo por la exploración del territorio insular y el conocimiento de sus riquezas. El contexto de expansión territorial, consolidación geopolítica de Chile y júbilo de las Fuerzas Armadas por el triunfo en la guerra del salitre (1879-1884) dio lugar a la revisión del papel militar del país en el Pacífico. La necesidad de incrementar el conocimiento oceanográfico, de las costas y la vida marina se habría planteado como una nueva prioridad de la Marina, interés que condujo a la fundación del Club Naval (1885) como espacio de fomento de la especialización científica de los oficiales con una biblioteca y la creación de una publicación para difundir la investigación realizada, *Revista de Marina* (Fierro, 2005:182). De acuerdo a Saldivia, el Club Naval se convirtió en el espacio natural de formación de una generación científica en la Armada, relacionada estrechamente con la comunidad científica nacional (Saldivia,

2005: 125-126). Es así como el médico de la Marina y director del MHN, Federico Delfín, fue desde 1879 a 1883 el promotor de la colección de peces en un escenario en el que la costa y sus productos recién comenzaron a suscitar una preocupación del mundo científico y político no vista antes por el protagonismo de la agronomía y minería, consideradas los motores y sustentos de la economía y dieta nacional (Muñoz y Ther, 2013). Reconocido como el primer ictiólogo chileno, Federico Delfín se preocupó por incentivar la contribución pública en la recolección de peces a través de sus artículos en la RChHN, de manera que no solo el mercado o la cocina fueran los receptores de los especímenes, sino también el museo (Schell, 2005:7). Delfín fue un convencido de la existencia de conocimiento científico en el saber popular, y planteó que las personas solo requerían algo de entrenamiento para desarrollar el conocimiento, pensando en los saberes no institucionales de los pescadores, a los que Delfín criticaba la tipología restringida que aplicaban a los peces de acuerdo a su demanda en el mercado (“venta valiosa, fácil i nula”) (Delfín en Muñoz y Ther, 2013: 1631). Delfín insistía en que todos los tipos de peces eran necesarios en los museos chilenos (Delfín en Schell, 2005:7).

En la construcción del saber oceánico fue la Oficina Hidrográfica de la Armada fundada en 1875, antes del Club Naval, la cooperadora fundamental del MHN en las actividades científicas junto con las expediciones en las que participaban los oficiales de la Marina en el conocimiento del Chile Insular con donaciones para la colección del museo. La OHA desarrolló su actividad científica con un carácter general -estudios geográficos, topográficos y meteorológicos- y profesionalizante al participar sus miembros en congresos científicos y con artículos en su propia revista, el *Anuario Hidrográfico*, y la RChHN, entre otras publicaciones. Entre 1903 y 1904, el director de la OHA e hidrógrafo, Luis Pomar Ávalos, insistió en el cambio de rumbo de la institución ante el incremento, diversificación y especialización de instituciones científicas en el país, priorizando sus trabajo en los océanos Pacífico y Atlántico Austral para servir a la navegación de las embarcaciones militares y de la marina mercante (Pomar Ávalos en Jara y

Mancilla, 2014:71). El nuevo giro que adoptó la OHA coincide con las profundas transformaciones de los paradigmas de las ciencias naturales desde fines del siglo XIX, rupturas esenciales que derivaron en que los profesionales de los museos demarcasen sus áreas de especialidad (Lopes, 2000: 229). Así, mientras la OHA sondeaba cuál habría de ser su especialidad y en definitiva su identidad institucional, el MHN marcado por la zoología durante la gestión de Carlos Porter, avanzaba en el reordenamiento de los materiales existentes, reclasificando y documentando las colecciones representativas del entorno natural de Valparaíso, de Chile, y de los países vecinos por sobre los europeos, formando un conjunto claramente etnográfico y no de “antigüedades”.

En tanto, la OHA en sintonía con las ciencias que cobraban mayor interés a nivel mundial en relación al desarrollo del transporte marítimo y en especial la industria pesquera orientó su atención científica en la hidrografía, meteorología, climatología (relevante para la industria agrícola del país) y oceanografía. El interés científico de la Armada se hallaba alineado con la preocupación del gobierno chileno por la explotación de los recursos marinos y la amenaza de reclamaciones de soberanía de otros países sobre los territorios insular y austral. Estas nuevas demandas exigían más unidades a la Armada, así como elementos técnicos (científicos) y operativos para resguardar estos recursos (Jara y Mancilla, 2014: 69). De este modo, el incremento de la colección de peces y fauna marina del MHN proveniente de Isla de Pascua y del Archipiélago de Juan Fernández respondió a un interés geoestratégico.

Así como en las primeras dos décadas del siglo XX se ha identificado en Santiago la yuxtaposición chileno germana en la construcción de la Nación a través de instituciones clave de la educación (el Instituto Pedagógico) y la defensa (Academia de Guerra) (Alarcón, 2009), en Valparaíso es la Armada y una élite local cosmopolita, dueña de la actividad financiera nacional y de la minería en el norte del país, quienes concurren en las instituciones científicas y educativas de la ciudad puerto, como fue el MHN. Esta élite que no colaboró con

Philippi en la recolección de piezas mineralógicas para proveer el MNHN en Santiago, patrocinó al MHNV hasta el terremoto de 1906.

2. Concepciones de museo para Valparaíso

El inicio del siglo XX sorprendió al MHNV y al conjunto de instituciones científicas del país en una coyuntura favorable en tanto los gobiernos liberales de la época abogaron por modernizar los procesos productivos (mineros y agrícolas) de la economía exportadora desde el conocimiento aplicado. Este empeño estimuló en los grandes centros urbanos la investigación y la enseñanza de las ciencias naturales, para lo que se contrataron científicos extranjeros, se organizaron expediciones científicas para reconocer los territorios de la nación, se compraron colecciones, se fundaron nuevos museos y se apoyó a las publicaciones científicas. El fenómeno ocurrió a escala latinoamericana y en diversas regiones dentro de cada país (Lopes, 2000: 229). Valparaíso y Concepción tomaron parte en este movimiento a nivel regional que en la ciudad puerto fue interrumpido por la devastación que dejó el terremoto y mega incendio del 16 de agosto de 1906. El MHNV quedó reducido a escombros, y lo poco que sobrevivió fue embalado en cajas que quedaron depositadas en el Liceo Amunátegui de Santiago. La catástrofe acabó de manera abrupta con la vida mundana, abierta y opulenta de Valparaíso, que la distinguía del resto de las ciudades y de Santiago, reflejada en la arquitectura de mansiones *art nouveau*, castillos neoclásicos, fantasías mudéjares y palacios neogóticos venecianos, entre muchas otras obras, que sellaron en la cultura urbana porteña la transición del siglo XIX al XX (Nordenflycht, 2007: 214). En tanto, Carlos Porter se trasladó a Santiago también, y se mantuvo por cuatro años más en su rol como director del MHNV. En 1907 sostuvo que “La destrucción del Museo, que nunca lamentaremos lo bastante, no significa su muerte. Ciertamente que muchos objetos valiosísimos tal vez no se recuperen jamás; pero quedan en pie las numerosas relaciones (...)” (Porter en Henríquez et al., 2016: 11). Porter seguía siendo el director de un museo materialmente inexistente que se fue desdibujando del imaginario porteño pero que persistía en el entramado internacional de redes científicas.

En 1910 Carlos Porter dejó la dirección del MHNV, fue nombrado oficial del Ministerio de Instrucción Pública y en 1911 académico del Instituto Agronómico de Santiago. Asentado de manera permanente en la capital, Porter consolidó su carrera científica trasladando también la dirección de la RChHN a Santiago (Etcheverry, 1986: 96). La RChHN fue dirigida por Porter hasta su muerte en 1942, y en ese lapso la publicación fortaleció su relación con la Sociedad Científica de Chile -a la que pertenecía Porter- y dejó de ser órgano de difusión del MHNV. Incluso, la publicación quedó ligada por un tiempo a la Universidad de Chile, lo que revela el proceso en el que las tareas científicas de los museos y las sociedades científicas fueron absorbidas por las universidades modernas como parte de un fenómeno de envergadura latinoamericana (Podgorny, 1995). Cabe señalar que Juvenal Hernández, Rector de la Universidad de Chile, resolvió en 1934 publicar la RChHN de manera permanente en las prensas de la casa de estudio a petición de la Facultad de Agronomía y Veterinaria (Etcheverry, 1987, 105). Así, en la primera década del siglo XX los museos fueron perdiendo su papel en el concierto científico nacional, reemplazados por las instituciones científicas ligadas a los gabinetes ministeriales. Por ejemplo, en la prensa local se comentó la investigación que realizó un funcionario del Ministerio de Justicia entre 1916 y 1917, de las condiciones de habitabilidad y recursos propios de las islas de Chile para instituir colonias penales agrícolas y así aportar con la economía fiscal y la moralización de los reos, estudio realizado a partir de la revisión de informes y publicaciones científicas hechas en el país (El Mercurio de Valparaíso, 1917b). La asesoría técnica especializada fue asumida por otros actores considerados más idóneos que el museo para enfrentar las demandas del proyecto de desarrollo del país en el marco de la ocupación formal de los territorios despoblados, y la evaluación de las materias primas disponibles en ellos, lo que seguía promoviendo las exploraciones militares e indagaciones científicas las primeras décadas de 1900. El terremoto de 1906 catalizó en Valparaíso la tendencia mundial en que el museo fue relegado a un lugar secundario frente a otras instituciones científicas y culturales, lo que se observa en la accidentada trayectoria

del MHNV durante los años de la reconstrucción de la ciudad.

El 24 de noviembre de 1910 John Juger fue nombrado director accidental del MHNV mientras Porter fue becado para realizar estudios de zoología marina en Europa, y el 18 de junio de 1912 fue reconocido formalmente como nuevo director a la renuncia de Porter. La relación entre ambos se prolongó hasta la muerte del último en 1942, remontándose su inicio a 1904, cuando el joven Juger, naturalista formado en el Instituto Pedagógico y funcionario del MNHN, le escribió a Porter desde Santiago señalándole la admiración que tenía por su obra científica e interés en colaborar en tareas del área de zoología del MHNV. A la muerte del Dr. Delfín en 1904, Porter propuso a Juger para conducir la sección botánica que quedó sin conducción pues no existía el cargo de asistente de zoología, acusando además la elogiosa recomendación que con anterioridad Carlos Silva Cruz le hizo de Juger (Porter, 1904a). En la carta de Porter en la que le anunció a Juger su contratación compartió su proyecto de desarrollo para el MHNV y le animó a adoptarlo como propio: "llegará a ser un magnífico cooperador de mas desvelos por hacer del Museo de Valparaíso uno de los principales del mundo ¿Por qué no ambicionarlo si se tiene voluntad y fuerzas para ello y se cuenta con el apoyo del Gobierno? (Porter, 1904b). Las condiciones de establecimiento de museos en Chile que alentaron las enormes expectativas de Porter en 1904, cambiaron completamente en el transcurso los dos primeros decenios de 1900, distanciándose además de las condiciones europeas que ofrecían un modelo y concepción de museo inalcanzables. Ya en 1890, Francisco P. Moreno, director del Museo de Historia Natural de La Plata, percibió las dificultades en ascenso para el desarrollo de los museos de historia natural fuera de la capital de la Argentina, y así reconoció que "Lo que era posible en Londres, fue imposible exigirlo de la Plata, la ciudad que no existía cuando admiraba aquellas colecciones y hube de dar tiempo al tiempo para poner en práctica mi programa" (Moreno en Lopes y Muriello, 2005: 212). Sin duda el museo era visto como una de las instituciones capaces de imprimir el carácter de gran urbe a una localidad.

Juger abrazó el anhelo de Porter de construir una gran institución para una gran nación. En su ideario, las exposiciones y museos fueron "los medios educativos de que echan mano los países que tienen la noble ambición de ocupar un puesto prominente en el concierto de las grandes naciones" (Juger, 1910). En un principio, Juger se adscribió a la tendencia que representaba Porter, la que reconocía la doble función de los museos en educar y desarrollar la investigación científica a la par en sintonía con el "movimiento de museos" a nivel internacional. Sin embargo se observa que la posición de Juger comenzó a diferir cuando señaló que las colecciones cumplían la función de instrucción, mientras que la investigación permitía la organización científica de éstas (Juger, 1911). Este giro fue resultado de la adecuación al contexto de reconstrucción de Valparaíso, escenario en el que Juger imprimió un énfasis educativo a su proyecto de nuevo museo para una gran ciudad, esto a partir de una articulación distinta para las dos actividades gravitantes, relación que había originado intensos debates en Europa a fines del siglo XIX sobre la diferenciación entre las colecciones de investigación y las de instrucción, controversia que en definitiva apuntaba hacia las finalidades del museo frente a otras instituciones orientadas al progreso. Juger situó la investigación científica en otros ámbitos, concebidos como agentes colaboradores del museo. Para entonces se puede observar que la investigación científica se consideraba una actividad que enaltecía la nación y la patria ante el resto de los países, era fundamental en la proyección internacional de Chile, lo que justificaba el esmero en mantener y fortalecer las publicaciones científicas. En tanto, la tarea educativa en el museo (la biblioteca y la escuela) contribuía al desarrollo integral de la población y así elevaba a la ciudad en el escenario nacional; por esta razón Juger priorizó el mantenimiento de buenas y completas colecciones. Apenas asumió la dirección del MHNV, Juger se entregó a la tarea de movilizar con mucho cuidado las piezas desde Santiago y reunir en Valparaíso nuevos ejemplares y piezas para restablecer las colecciones, para lo que necesitaba con urgencia un local apropiado. Juger no vuelve sobre la cuestión de crear nuevas publicaciones científicas del MHNV pues hay un nuevo principio rector

que justifica el apartamiento de la RChHN del MHNV y su establecimiento en Santiago.

En 1911, Juger le escribió a Domingo Amunátegui Solar, ministro de justicia e instrucción pública, para persuadirle de reconstruir el MHNV y mantener para el año siguiente el presupuesto actual. En la misiva Juger le expuso al ministro las tareas del museo en el contexto de la reconstrucción de Valparaíso:

“Por su carácter educativo i de esparcimiento a la vez el Museo está llamado a prestar servicios de suma importancia para la cultura general o higienización moral de un pueblo como Valparaíso, sano por tendencia pero en muchos casos de proyecciones morbosas por carencia de los grandes factores de progreso i mejoramiento social e intelectual: los Museos, Bibliotecas, Exposiciones artísticas, industriales, etc. Estas instituciones no se limitan a aumentar el coeficiente de difusión de los conocimientos científicos sino que a la vez sirven, como lo ha dicho Bunge, al nobilísimo propósito de “sugerir ideales” en los espíritus deprimidos o falseados por el medio ambiente” (Juger, 1911).

Juger sintonizó con la perspectiva salubrista originada en la creciente medicalización para interpretar el devenir de la sociedad, surgida alrededor de 1880 y mantenida hasta la década de 1930. En la aproximación salubrista a las “enfermedades sociales” (alcoholismo, tuberculosis, sífilis, etc.) en la que convergían educadores, médicos, intelectuales y reformadores sociales, se les ligaba a la formación intelectual y moral, de manera que su resolución se planteaba como problema educativo. Leal a la impronta moderna de los museos de historia natural europeos, Juger manifestó una especial preocupación por el aspecto de las exhibiciones y del espacio museal, en una perspectiva evolucionista que incorporaba al hombre y su obra como cumbre del desarrollo, añadiendo finalmente las bellas artes como máxima expresión humana. “Cuando mas artística la concepción de sus pabellones i respectivas exhibiciones tanto más certera será su contribución a la educación estética o al agrado del espectador naturalmente reclutado en todas las esferas sociales i dentro de todas las fronteras de la madurez intelectual i fisiológica” (Juger, 1911).

El restablecimiento del MHNV fue para Juger

recuperar una institución “de incuestionable utilidad pública” (Juger, 1911) que aportaría a la salud individual y al bien colectivo de Valparaíso y del país. Así Juger diseñó un ambicioso proyecto que reunía en un mismo espacio en el Cerro de Playa Ancha al MHNV –estructurado en pabellones para cada disciplina científica– un jardín botánico, acuario, zoológico y escuela agrícola y de pesca (Ovalle, 1968: 18-22). De acuerdo a Juger, el nuevo MHNV podía ocupar un lugar privilegiado como institución implicada en la promoción de un estilo de vida higiénico implicaba también proveer de espacios saludables tanto para la instrucción general, la técnico-industrial como para el tiempo de ocio, entretenimiento. “...ubicar estas instituciones [museos, bibliotecas] preferentemente dentro de estensos parques públicos. De esta manera el público a la vez que respirará aire puro no despreciará la oportunidad que se le presenta con toda la seducción del artístico escenario circundante de hacer adquisiciones intelectuales que contribuirán a elevar en forma gradual i segura su nivel intelectual, moral i físico” (Juger, 1911). Las exigencias en torno a la ampliación del alcance de la educación en el sector más vulnerable y mayoritario de la sociedad porteña, junto con la concepción de la ciencia, la educación y la comunicación, esbozaron a principio del siglo XX un contexto que interpeló de manera problemática la identidad de los museos públicos en Chile frente a otras instituciones culturales. Este dilema apareció en las deliberaciones sobre el proyecto liberal de reconstrucción de Valparaíso.

3. La reconstrucción saludable de Valparaíso: entre el museo y la biblioteca

El Plan de Reconstrucción de Valparaíso fue propuesto por una elite con poder económico aglutinada en la Junta de Vecinos, grupo de poder que además ocupaba cargos como autoridades locales (Alcalde e Intendente) y nacionales (diputados y algunos ministros). En acuerdo concibieron el diseño de un nuevo orden urbano, financiado con la bonanza salitrera, y dirigido a enaltecer su identidad aristocrática ligada a la estructuración de un discurso modernizante europeo industrialista (Claro, 2007), clasista (Cáceres, 2002), con pretensiones higienistas y moralizadoras

(Álvarez, 2001). La reconstrucción de Valparaíso diseñada por una minoría significó el reacomodo y control de la población mayoritaria del puerto, conformada por peones, labradores, jornaleros, gañanes y mujeres que se emplearon como sirvientas -entre otras tareas-, sector vulnerable que se fue incrementando con el movimiento migratorio ocasionado por la atracción del crecimiento comercial de la ciudad. Las clases populares en Valparaíso se caracterizaron por su enorme pobreza material en el siglo XIX y buena parte del XX, miseria que se expresó en una condición sanitaria desastrosa. La vida de pobreza en Valparaíso se desarrollaba sin agua potable, ni sistema de desagüe, con escurrimiento permanente de aguas servidas, circulación permanente de animales y proliferación de conventillos y ranchos urbanos de enorme hacinamiento (Urbina, 2002). La propagación de enfermedades como sífilis, viruela o tuberculosis ocasionó altas tasas de mortalidad, al punto de comportarse como epidemias (Flores, 2005). El grupo minoritario de propietarios y comerciantes percibían como un obstáculo del progreso de la ciudad la falta de cumplimiento de los hábitos de higiene y salubridad entre los pobres, disposición que comprometía la salud moral y alentaba el delito, la prostitución y el crimen en tanto se transmitían por contagio de acuerdo a la interpretación que ofrecía el modelo salubrista en boga (Cárdenas, 2013). El permanente contraste entre la minoría opulenta y el resto de la población de Valparaíso acrecentó el estado de conflicto social que se manifestó en huelgas, marchas y movilizaciones por reivindicaciones salariales y derechos laborales en las primeras décadas del siglo XX, las que convertían el espacio público en una arena de disputa social, económica y política en la que se proscribió la protesta, vagancia, mendicidad, juegos, ebriedad, fondas, cantinas y chinganas (Cárdenas, 2013:60). La política de higienización y moralización que ejecutó la elite liberal consistió en normar el funcionamiento de la ciudad y sus espacios públicos mediante ordenanzas y un cuerpo de policía fiscal, que se fortalecieron después de la alarma social ocasionada por la tugurización posterior al terremoto ante la destrucción masiva de viviendas (Sepúlveda, 2009:92). El Plan de Reconstrucción recogió la

preocupación por la instauración de un nuevo ordenamiento bajo los principios del progreso, así consideró ampliar y reorganizar la estructura urbana (uso del suelo) y su morfología (forma) -lo que entrañaba un mecanismo de reordenamiento y control social -en un plazo menor a los 5 años para incorporar a Valparaíso en 1910 en las celebraciones del Centenario de la República (Sepúlveda, 2009). La idea de comienzo de siglo catapultada por las necesidades de reconstrucción post terremoto estimó borrar todo el trazado antiguo, es decir, borrar el pasado y crear una nueva ciudad. La renovación de plazas y jardines con inmobiliario, obras de arte público (estatuas y monumentos), arborización, ensanche de calles y alumbrado eléctrico fueron los proyectos que circundaron el levantamiento de los edificios monumentales como la Biblioteca Pública. Este modelo envió a los sectores populares a la periferia "vertical", a los cerros periféricos, bajo la idea de reordenamiento e higienización de la ciudad, no solo social y médico, sino también cultural (Álvarez, 2001). Las élites porteñas plasmaron en esta empresa de reconstrucción su noción de ciudad ideal, con fuerte influencia de la doctrina urbanística de Benjamín Vicuña Mackenna aplicada en la renovación de Santiago de mediados del siglo XIX (Sepúlveda, 2009); ideario urbano en el que se destacó la formulación de espacios públicos y la segregación socio espacial (Romero, 1997).

Para la celebración del Centenario de la República en 1910, la reconstrucción de Valparaíso apenas había avanzado y las obras a inaugurar como parte de la celebración se remitieron tan solo a los monumentos de las colectividades extranjeras en la Av. Brasil, y Av. Francia, así como el nuevo Teatro de la Victoria (frente a la Plaza Victoria) y algunos templos católicos. Varias obras finalizaron en 1912, como el Mercado del Cardonal, el Palacio Polanco y algunas viviendas lujosas (MINVU, 2005:262), y también se anunció la construcción de otras nuevas como la Biblioteca Pública y el MHN. Pero en definitiva, la reconstrucción de la ciudad se prolongó hasta la década de 1920, y hubo proyectos que nunca se ejecutaron (como el del MHN). La reconstrucción se desarrolló en un ambiente de incertidumbre para las élites financieras de

Valparaíso, consternadas por el declive económico internacional ocasionado por la Primera Guerra Mundial y la apertura del Canal de Panamá (1914), este último reemplazó la ruta de navegación interoceánica por el Estrecho de Magallanes, prescindiendo del puerto de Valparaíso en las rutas comerciales.

El escenario de inestabilidad económica y de inflación se discutió de manera constante en la prensa local, así como la ralentización de las obras del Plan de Reconstrucción. Algunos proyectos arquitectónicos y urbanísticos se atrasaron por la adecuación al contexto económico, incluso se realizaron ajustes en obras en curso que debían ser modificadas en medio de su ejecución con el riesgo constate de su paralización (El Mercurio de Valparaíso, 1917a). A esto se suma la aparición de numerosos litigios por la propiedad de los terrenos después del terremoto que agitó el mercado inmobiliario con la sobrevaluación de los predios ya escasos. Julio Pérez Canto, director de *El Mercurio de Valparaíso* desarrolló a través del periódico una larga campaña de apoyo explícito al proyecto de Jugar en Playa Ancha, de manera de conseguir el favor de las autoridades y del público. John Jugar y otros colaboradores informaron a través de *El Mercurio de Valparaíso* de la recepción de donaciones para las colecciones (El Mercurio de Valparaíso, 1916), -entre ellas algunas realizadas por Carlos Silva Cruz director de la Biblioteca Nacional (Tobar, 1967)- así como de las ilustres visitas como la Liga de las Sociedades Católicas de Valparaíso (El Mercurio de Valparaíso, 1917c). Así, Jugar logró entrevistarse con dos presidentes de la República (Juan Luis Sanfuentes en 1918 y Carlos Ibáñez en 1928), y ambos comprometieron recursos económicos para la construcción del edificio propio para el MHN, no obstante nunca se concretó la obra ni la compra de los terrenos.

Sin descartar por completo que las fuerzas políticas locales y nacionales se inclinaran en perjuicio del proyecto de Jugar y el MHN (lo que es sugerido por Tobar, 1967), cabe atender a otros aspectos relacionados con las políticas públicas (cultura, educación, salud y justicia) de las primeras décadas del siglo XX que jugaron un papel manifiesto como claves interpretativas del “sistema museal” del caso

que representa el MHN en la reconstrucción de Valparaíso post terremoto 1906.

Junto a la policía fiscal y la escuela, la biblioteca pública -en particular la lectura- se consideró a contar de 1910 entre los agentes llamados a revertir los problemas morales del país, intensamente debatidos en el marco del centenario de la nación (Gazmuri, 2001). Durante el siglo XIX, la biblioteca pública fue una institución dirigida a la actividad científica y la formación de las elites prioritariamente. En Santiago, Luis Montt, director de la Biblioteca Nacional entre 1886 y 1909, excluyó del catálogo los títulos modernos de entretenimiento (novela, poesía, teatro) que eran del gusto mayoritario de la población, adoptando la reglamentación de las bibliotecas de Madrid y París, “con cuyas costumbres tienen analogías las nuestras” (Hernández, 2016:409). Las obras científicas predominaban en el material bibliográfico y delatan lo relevante que fue para la dirección de la Biblioteca Nacional la participación activa en las redes de canje internacional con centros científicos estadounidenses fundamentalmente (Museum of Comparative Zoology, Harvard University, The Fraser Institute, entre otros) y en menor medida con las bibliotecas europeas (Nacional de España, Portugal, Viena, Berlín y San Petersburgo) pues permitían difundir la imagen del país en el exterior a través de la producción literaria y científica hecha en Chile (Montt en Hernández, 2016:504). Asimismo, la Biblioteca Nacional editaba sus propias revistas (*Boletín Biblioteca Nacional*, la *Revista Bibliografía*), y en ella funcionaban distintas sociedades científicas y literarias que elaboraron sus publicaciones regulares como la revista *Los Diez*, entre otras. Desde 1910, cuando asumió la dirección Carlos Silva Cruz, el modelo europeo que censuraba y prohibía las obras de pasatiempo y las asociaba a malos hábitos, fue reemplazado por el estadounidense que al realzar la labor social y educativa de la biblioteca y la lectura abrió sin trabas el acceso a los libros de entretenimiento y dejó de señalarlos negativamente. El acento estuvo en motivar la lectura dado que en sí misma podía exterminar los malos hábitos del pueblo sin importar lo que se leyera (Labarca, 1913:5). Así, la Biblioteca Nacional incluyó como nuevos lectores a los actores sociales

emergentes como las clases bajas y la media, convirtiéndose en un espacio de sociabilidad cultural del Estado y de disciplinamiento en tanto instruyó normas y prácticas que regían el comportamiento en su interior (guardar silencio, no dañar los libros, devolverlos finalizados los préstamos a domicilio, etc). Un año demoró la construcción del monumental edificio de la Biblioteca Nacional en el centro de Santiago, obra anunciada en 1912 y finalizada en 1913. Al cabo de cinco años, en 1918, su modelo bibliotecario ya atendía con decisión la promoción de bibliotecas en los distintos barrios de la ciudad a través de “sucursales”, así como en las provincias. La biblioteca pública se concebía como un factor de desarrollo social y educativo fuera de Santiago y que finalmente beneficiaría al país atrayendo la mayor cantidad de público posible (no solo a científicos y artistas), y con la extensión máxima de sus redes (Hernández, 2016). Mientras el Museo de Bellas Artes amplificó la exclusividad y operó como agente de distinción elitista, la Biblioteca Nacional a la inversa, cumplió desde 1910 una labor social de integración de las clases populares y se convirtió en centro de un movimiento cultural del Estado, desde la capital hacia toda la nación (Hernández, 2016).

Los restos del MHN, ya de vuelta desde Santiago, permanecían guardados en Valparaíso a la espera de conseguir un local propio permanente o uno transitorio para arrendar que John Jüger buscó afanosamente en el Cerro de Playa Ancha. En medio de estas gestiones se inició la construcción de la gran Biblioteca Pública de Valparaíso a partir de la donación en 1912 de un gran terreno en el centro de la ciudad -frente a la Plaza Simón Bolívar junto a la Av. Brasil- por el empresario salitrero y diputado Santiago Severín, quien también costó la construcción. Creada en 1873 por una facción de la elite porteña ligada a las sociedades científicas y al MHN, la Biblioteca Pública de Valparaíso quedó instalada apretadamente en distintas habitaciones de los Tribunales de Justicia por las que constantemente peregrinó. Después del terremoto, en 1912 pasó a un amplio inmueble en la calle Edwards mientras se anunciaba la donación de Severín, sitio en el que se comenzó a ampliar rápidamente la cantidad de usuarios (La

Unión, 1918). La intelectualidad porteña se quejaba de la falta de atención del gobierno central por la biblioteca de la “segunda ciudad de Chile”, dotada exigentemente en inmobiliario y obras (donadas por vecinos encumbrados del puerto y por el Liceo de Valparaíso) creando una imagen poco favorable de la cultura intelectual y dedicación al estudio en Valparaíso (Amunátegui en La Unión, 1918). Así, en el contexto de la reconstrucción, no fue el gobierno central el que financió el magnífico edificio de estilo neoclásico renacentista, sino Santiago Severín –y la colonia española- en un gesto interpretado como “voto patriótico” y de “generoso civismo” fueron reconocidos en la prensa local dentro de una tendencia internacional encabezada por EE.UU. en la que “los ciudadanos ricos tienen en mucha estima la institución de las Bibliotecas y están legítimamente orgullosos de los progresos que le han hecho alcanzar”, en vencer el problema físico y moral que encarnaba la pobreza urbana (La Unión, 1918). Inaugurada en 1920, en el diseño de la Biblioteca Severín se contemplaron varios salones, el de mayor tamaño abarcaba 176 metros cuadrados en el que se instalarían cómodamente 130 lectores (La Unión, 1918). La Biblioteca Pública de Valparaíso aguardaba así recibir a los nuevos lectores provenientes de las clases medias y el proletariado.

DISCUSIÓN

Fue la Biblioteca Pública y no el MHN el agente cultural considerado para la refundación de Valparaíso siguiendo el modelo de la ciudad moderna o ciudad industrial que se debatió en la prensa, emulando las ciudades estadounidenses más que las europeas, en pleno proceso de expansión urbana por la Revolución Industrial. Tanto el MHN como la Biblioteca Pública dependían formalmente del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, lo que revela no solo la asociación entre la educación como solución a la criminalidad y el delito, y el papel que instituciones como bibliotecas y museos debían pronunciarse. También delata los gestos espasmódicos de la elite por fundar y crear instituciones culturales de acentuado rol social pero sin dotarlas de recursos para su funcionamiento y permanencia en el tiempo, dejándolas en manos de Estado que escoge a las que considera más adecua-

das apoyar y desampara a otras que avanzan en su proceso de pauperización.

Por la férrea voluntad de John Juger la reapertura del MHNV se realizó el 25 de diciembre de 1913 en una casona de Playa Ancha arrendada al acaudalado vecino del puerto, Domingo Munizaga Varela, junto a las dependencias de la OHA. En este inmueble provisorio, el MHNV permaneció hasta 1953. El cerro Playa Ancha se había convertido en uno de los nuevos polos de desarrollo urbanístico de la ciudad, y el MHNV junto con otras instituciones deportivas y culturales contribuyó con la definición de la identidad local de este barrio que realzó su carácter urbano y de progreso hasta la década de 1960.

El terremoto de 1906 no solo devastó Valparaíso pues impactó en toda la zona central del país provocando destrucción en varias ciudades, de manera que no solo el MHNV sufrió los efectos del sismo, también el MNHN en Santiago vio dañado su edificio y colecciones. No obstante, su restauración se realizó casi de inmediato, probablemente por la presión de las celebraciones del Centenario en la capital, epicentro político y cultural del Estado y la Nación. Vale señalar que los estragos del sismo de 1906 en el MNHN fueron menores en comparación con la destrucción que dejó el terremoto de 1927 (Gómez, 2012:210), y su rehabilitación se prolongó por cuarenta años, terminando en 1968, debido a las continuas dificultades económicas que adujo el gobierno (Mostny y Niemeyer: 1983). Ante estos dos casos (MNHN y MHNV) cabe observar en el transcurso del siglo XX cómo se desarrolla el proceso de debilitamiento de los museos de historia natural en el panorama de la transformación de la cultura científica y las políticas educativa y cultural del país. Si bien el MHNV fue una institución dependiente del Ministerio de Instrucción Pública desde el siglo XIX, la idea de incorporar formalmente a los museos al sistema educacional de la nación se cristalizó mucho más tarde (Mostny, 1968: 11).

CONCLUSIONES

Las consideraciones sobre ciencias y educación que permiten definir el contexto del MHNV en las primeras décadas del siglo XX

requieren incorporar variables de sociabilidad, así como los aspectos relacionados con el orden social y el proyecto de ciudad implicados en el “sistema museal” en el que se sitúa el MHNV. En el caso de Valparaíso, el museo estuvo ligado al devenir de la ciudad y a los grupos de poder que determinaban su acontecer. En la perspectiva de elaborar una periodización de la trayectoria del MHNV por el siglo XX, son estas variables considerando los proyectos políticos de las elites y el Estado, los que aportan con elementos para establecer con mayor claridad las demarcaciones internas de este largo período en que John Juger tuvo un papel protagónico. Bajo su dirección se fundó un nuevo museo inserto en las prioridades de la instrucción pública, lo que condujo la política y prácticas de recolección de objetos, identificación y posterior exposición, participando de la construcción de la identidad de la región, y de la localidad de Playa Ancha en su tensión por diferenciarse del resto de Valparaíso, lo que propone una rica senda de estudio para profundizar en la comprensión y papel de esta institución a la que se le llamó coloquialmente como Museo de Playa Ancha.

AGRADECIMIENTOS

Este artículo se enmarca en el Proyecto de Investigación *Museo local, memorias y patrimonio. El Museo de Historia Natural de Valparaíso y su temporada en Playa Ancha (1912-1967)*, realizado en 2017 y financiado por el Convenio de Desempeño Educación Superior Regional - UPA 1301 “Generación de conocimiento compartido: Un modelo replicable de Innovación Social para el desarrollo territorial de Playa Ancha (2014-2017), ejecutado por la Universidad de Playa Ancha.

Se agradece a Loredana Rosso, directora del MHNV; a Andrea Vivar, encargada Área de Educación del MHNV; a Claudio Henríquez y a Vivian Cordero de la Biblioteca Científica John Juger del MHNV.

FUENTES PRIMARIAS

Juger, John .1910. Carta a Alcibiades Vicencio, presidente de los Boy Scout de Chile. 3 de febrero de 1910.

Juger, John. 1911. Carta al Ministro de Instrucción Domingo Amunátegui Solar. Mayo de 1911.

Porter, Carlos. 1904a. Carta a Carlos Silva Cruz. 25 de junio de 1904. Archivo MHN.

Porter, Carlos. 1904b. Carta a John Juger. 25 de noviembre de 1904. Archivo MHN.

BIBLIOGRAFÍA

Alarcón, Cristina. 2009. Construcción del estado nacional chileno a través de sociedades de referencia: la recepción de modelos de formación docente y militar alemanes desde 1880-1920 en Chile. En Hernández, J.M (coord.) Influencias alemanas en la educación española e iberoamericana. Globalia Ediciones Anthema, 367-379.

Alegría, L.; Gänger, S. y Polanco, G. 2009. Momias, cráneos y caníbales. Lo indígena en las políticas de “exhibición” del Estado chileno a fines del siglo XIX. Nuevos Mundos, Mundos Nuevos. 1-14. Disponible en: <https://nuevomundo.revues.org/53063> [Último acceso 17.07.2018]

Álvarez, L. 2001. Origen de los Espacios Públicos en Valparaíso: el discurso higienista y las condiciones ambientales en el siglo XIX. Revista de Urbanismo (4), 24-34.

Anales Museo de Historia Natural de Valparaíso (1973), (6), 11-12.

Bahamonde, Nibaldo .1983. Don Carlos Emilio Porter Mosso, sabio naturalista chileno (1867-1942). Revista Chilena de Historia Natural (56), 7-9.

Bennett, Tony .1995. The birth of the museum. London: Routledge.

Broitman, Claudio. 2018. La vocación científica de la revista Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso (1968-1980). Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. Disponible en: http://www.dibam.cl/xml/697/articles-83503_archivo_PDF.pdf [Último acceso 17.07.2018]

Cáceres, G.; Bot, R. y Sabatini, F. 2002. Suburbanización y suburbio en el Chile: una mirada al gran Valparaíso Decimonónico (1820-1870). Revista Archivum (4).

Cárdenas Muñoz, Vanía. 2013. El orden gañán. Historia social de la policía. Valparaíso 1896-1920. Concepción: Ediciones Escaparte.

Claro Tocornal, R. 2007. A un siglo del Terremoto de Valparaíso 1906-2006. Boletín de la Academia Chilena de la Historia (116), 56-76.

Etcheverry, María. 1986. Sobre las colecciones de la Revista Chilena de Historia Natural. Revista Chilena de Historia Natural (59), 95-98.

Etcheverry, María. 1987. Sobre los noventa años de la Revista Chilena de Historia Natural 1897-1987. Revista Chilena de Historia Natural (60): 105-107.

Etcheverry, María. 1988. Datos biográficos sobre don Carlos Emilio Porter Mossó (1867-1942). Revista Chilena de Historia Natural (61), 127-128.

Etcheverry, María. 1989. Carlos E. Porter, la “Société Scientifique du Chili” y las “Actes de la Société Scientifique du Chili”. Revista Chilena de Historia Natural (62), 129-147.

El Mercurio de Valparaíso .1916. Valioso obsequio al Museo de Valparaíso. Septiembre de 1916.

El Mercurio de Valparaíso .1917a. La Biblioteca Pública de Valparaíso. Viernes 1° de diciembre de 1917, 16.

El Mercurio de Valparaíso .1917b. Islas Chilenas. Lunes 22 de enero de 1917.

El Mercurio de Valparaíso. 1917c. El Museo de Valparaíso. Martes 2 de enero de 1917,

Fajardo, R. 1969. Don Carlos E. Porter y el Museo de Historia Natural de Valparaíso. Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso (2), 9-26.

Feliú Cruz, Guillermo .1969. Carlos Porter (1867-1942). La bibliografía de las ciencias naturales. Santiago: Bibliógrafos chilenos.

Fierro, Juan .2005. Recuerdos del Club Naval de Valparaíso (narrados por su edificio). Revista de Marina, 122(885), 182-183.

Flores F., Sergio .2005. El acontecer infausto en un Valparaíso sorprendente. Valparaíso: Editorial Puntángelos Universidad de Playa Ancha.

Gajardo Tobar, Roberto .1967. John Jüger. Boletín Informativo Sociedad Científica de Valparaíso, 4(55), 1-12.

Gänger, S. (2014). Relics of the past: the collecting and study of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911. OUP Oxford.

Gazmuri, Cristian .2001. El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.

Gil, Magdalena .2016. Exhibiting the Nation: Indigenousness in Chile's National Museums. Museum and Society, 14(1), 82-97.

Gómez, Claudio .2012. El Museo Nacional de Historia Natural de Chile: Breve reseña de su historia y aspectos de su actual gestión estratégica. Revista Museo Argentino de Ciencias Naturales 14(2), 209-212.

Henríquez, Claudio; Viver, Andrea y Pérez, Ruth .2016. Museo de Valparaíso... sus inicios. Valparaíso: Dibam. Disponible en: http://www.mhmv.cl/636/articles-72313_archivo_01.pdf [Último acceso 17.07.2018].

Hernández Toledo, Sebastián .2016. Un verdadero centro de la cultura nacional". Difusión de la lectura e internacionalización del conocimiento en la Biblioteca Nacional de Chile (1900-1925). Historia 2 (49), 487-507.

Hill, Kate .2005. Culture and Class in English Public Museums, 1850-1914. Aldershot: Ashgate.

Jara, Mauricio y Mancilla, Pablo .2014. Aproximación a una primera visión científica chilena sobre Tierra del Fuego, Islas Australes y Antártica, 1892-1906. Magallania 42(2), 61-79.

Labarca, Guillermo .1913. Misión social de la biblioteca. En *Las Últimas Noticias*, 03.09.1913, 5.

La Unión .1918. A donación de Santiago Severin. Domingo 3 de noviembre de 1918, 1.

Looser, Gualterio .1927. Sobre algunos objetos que venden los habitantes de las Islas de Juan Fernández – Apuntes folklóricos. Revista Chilena de Historia Natural, 31(1), 240-244.

Looser, Gualterio .1957. El Sr. John Jüger. Revista Chilena de Historia y Geografía (135), 259-261.

Lopes, Maria Margaret .2000. Cooperação científica na América latina no final do século XIX: os intercâmbios dos Museus de Ciências Naturais. Interciencia, 25(5), 228-233

Lopes, Maria M. y Muriello, Sandra E. 2005. El movimiento de los museos en Latinoamérica a fines del siglo XIX: el caso del Museo de La Plata. Asclepio 57(2).

Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MIN-VU) .2005. Guía de arquitectura Valparaíso/ An architectural guide Valparaíso. Valparaíso-Sevilla: Ed. Junta de Andalucía.

Mostny, Grete .1968. Los museos como instituciones educacionales. Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso (1), 11-16.

Mostny, Grete. y Niemeyer, Hans. 1983. El Museo Nacional de Historia Natural. Colección Chile y su Cultura. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Muñoz Sougarret, Jorge y Ther, Francisco .2013. El pescador en el imaginario científico durante la etapa de formación de la academia ictiológica chilena, 1829-1909. História, Ciências, Saúde 20(24), 1621-1633.

Nordenflycht, José de. 2007. La copia feliz del Edén: un centenario, su museo y el cón-dor. *Apuntes* 19(2), 210-215.

Ovalle, Nina. 1968. Homenaje a John Jüger Silver 1884-1967. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* (1), 17-25.

Las publicaciones del MHN. 2008. Disponible en: http://www.mhnv.cl/636/articles-23328_archivo_02.pdf [Último acceso 17.07.2018]

Pearce, S. 1989. *Museum Studies in Material Culture*. En Pearce, S. (ed.), *Museum Studies in Material Culture*. Londres: Leicester University Press.

Pérez, G. 2008. La historia de vida del Museo de Historia Natural de Valparaíso a través de sus Directores. DIBAM. Disponible en: www.mhnv.cl/636/articles-23328_archivo_01.pdf [Último acceso 17.07.2018]

Pérez, G. 2013. 25 años en la historia del Museo de Historia Natural de Valparaíso. DIBAM. Disponible en: www.mhnv.cl/636/articles-36037_archivo_01.pdf [Último acceso 17.07.2018]

Podgorny, Irina. 1995. De razón a facultad: ideas acerca de las funciones del museo de La Plata en el período 1890-1918. *Runa* (22), 89-104.

Podgorny, Irina. 2005. La mirada que pasa: museos, educación pública y visualización de la evidencia científica. *História, Ciências, Saúde – Manguinhos* 12, 231-264.

Podgorny, Irina y Lopes, María Margaret. 2013. El desierto en una vitrina. *Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México: Limusa.

Puelma B., Max. 1968. Las colecciones del Museo de Historia Natural de Valparaíso. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* (1), 261-271.

Romero, L. A. 1997. ¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895. Buenos Aires: Sudamericana.

Saldivia Maldonado, Zenobio. 2005. La ciencia en el Chile decimonónico. Santiago: Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana.

Sanhueza, Carlos. 2013. El Gabinete de Historia Natural de Santiago de Chile (1823-1853). En Podgorny, I. y Achim, M. (eds). *Museos al detalle. Colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870*. Rosario: Protohistoria, 201-218.

Sanhueza, Carlos. 2016. Objetos naturales en movimiento. Acerca de la formación de las colecciones del Museo Nacional de Chile (1853-1897). *Revista de Humanidades*, (34).

Scarpa, R. 1968. Prefacio. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* (1), 7-10.

Secord, James A. 2004. Knowledge in Transit. *Isis* 95, 654–672.

Schell, Patience A. 2001. Capturing Chile: Santiago's Museo Nacional during the nineteenth century. *Journal of Latin American Cultural Studies*, 10(1), 45-65.

Schell, Patience A. 2005. El Museo de Historia Natural de Valparaíso. En Andermann, J. y Schell, P. (curadoras) *Relics and Selves: Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile, 1880-1890*, 1-10. Disponible en: <http://www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts/Schell01.htm> [Último acceso 17.07.2018]

Schell, Patience A. 2013. *Darwin and his Contemporaries in Chile*. New York: Palgrave Macmillan.

Sheets-Pyenson, Susan. 1988. *Cathedrals of Science. The Development of Colonial Natural History Museums during the late Nineteenth Century*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

Sheets-Pyenson, Susan. 1988. *Cathedrals of Science. The Development of Colonial Natural History Museums during the Late Nineteenth Century*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

Sepúlveda Jamett, Andrea .2009. Plan de reconstrucción de Valparaíso 1906-1910: Sus ideas urbanas hacia el Centenario de la República. Tesis para optar a la Licenciatura en Historia, Mención Estudios Culturales, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Disponible en: bibliotecadigital.academia.cl/handle/123456789/71 [Último acceso 17.07.2018]

Urbina Carrasco, Ximena. 2002. Vendedores ambulantes, comerciantes de 'puestos', mendigos y otros tipos populares de Valparaíso en el siglo XIX. Archivum, Viña del Mar 3(4), 45-61.

Urizar, Gabriela. 2012. Estado y museos nacionales en Chile durante el siglo XIX. Representación de una nación en construcción. Boletín Americanista, 62(2), 211-229.

Valenzuela G., Álvaro .1968. Historia de la Sociedad Científica de Valparaíso. Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso (1): 27-48.

